

vuelvo los ojos al título del discurso, seguro ya de que nadie va a suponer que lo irracional sea cosa de poca monta ni en el Arte ni en la vida del hombre. Dando de lado ahora a los motivos intelectuales en la realización artística, yo quería hablar solo de todas esas cosas menudas que, por su menudencia, pasan desapercibidas a nuestra razón y que llevan en su entraña, a menudo, el germen de actividades trascendentales: del influjo de los sueños y de las experiencias infantiles en la realización artística; de la influencia de ciertas estructuras anatómicas y de ciertas funciones del organismo para la elaboración del espacio en las artes plásticas; de la esencia psicológica del tiempo para las artes rítmicas; de las anomalías del carácter, tan ligado a la figura, en el hombre de genio; de las características del arte en quienes han perdido—figuradamente—la cabeza. Todo eso está por fuera de la inteligencia y, a menudo, de la conciencia. Yo podía haber hablado así de raíces subconscientes—sesgando un poco el eje del discurso—si no se hubiera dicho tanto del subconsciente y no se le hubiera pegado tantas cosas de lo sexual, y también de raíces extraintelectuales, si hubiera supuesto que esta diferenciación entre lo intelectual y lo alógico del hombre se llevaba en la vida a punta de lanza. Si hablo de lo irracional es para significar, siguiendo a *Bergson*, que prescindo de las raíces más intelectuales por mi capricho, por que ese es otro enfoque; pero que lo irracional implica una ligazón con lo racional, y que he elegido, precisamente, aquel término para significar que, en la vida del hombre, lo irracional se nos dá, en un todo, en un conjunto, en una formación, impregnado de racionalidad, como un negativo fotográfico de la «racionalidad embozada» con

